

«L'Hermitage» en casa

Rafael García Alonso

UCM e IES Isabel la Católica (Madrid)

La fundación del museo del Hermitage puede considerarse como la culminación de las ambiciones simbólicas del primero de los tres zares rusos implicados en esta empresa y muestra la proximidad del mundo del arte al de la política. El apelativo de «el grande» con el que Pedro I -que reinó entre 1682 y 1725- fue denominado da un indicio, en efecto, de cuáles eran sus deseos. Lejos de ser el heredero primogénito, Pedro era el más joven de sus hermanos y fue como fruto de las luchas entre distintas facciones como consiguió triunfar, a los 22 años, en un golpe de estado tras el que se proclamó Zar de Rusia. A partir de este momento, su reinado toma como decidi-

da fuente de inspiración formas de actuación que se estaban desarrollando en Occidente. Entre ellas, la modernización del ejército inspirada en el modelo inglés. Tras viajar a los 24 años por países como Francia, Alemania, Holanda o Suecia acomete la racionalización de la Administración a través de la ordenación territorial, la regulación de las relaciones con la Iglesia o la consecución de mayores impuestos gracias al aumento del número de contribuyentes posible al hacer tributar a los varones y no a las unidades familiares. Incluso las costumbres se vieron modificadas: quien no quería afeitarse la barba debería pagar un impuesto, las mujeres de las clases más favorecidas deberían evitar el velo y aprender a presentarse en sociedad. Tras la conquista de diversos territorios que abren Rusia al mar Báltico se le reconoce con el sobrenombre de «el grande» y funda, en su propio honor, la ciudad de San Petersburgo que se convertiría en capital de Rusia. Este es, pues, en pocas líneas, el contexto histórico en el que tiene lugar la fundación del Hermitage.

SAN PETERSBURGO

Un aspecto de la cultura es el conjunto de *formas materiales* que los hombres producen para poner a su servicio la naturaleza. De ello es buen ejemplo la ciudad de San Petersburgo, no sólo arrebatada bélicamente al enemigo sino, en otra singular lucha, construida en una zona pantanosa que, con el ejemplo de los Países Bajos, debía ser dominada. Pero la cultura está constituida también por las *formas simbólicas* con las que un grupo humano hace pública y visible su *identidad* transmitiéndola a lo largo del tiempo. Pues bien, la ciudad de San Petersburgo tomó como referencias las ciudades de París y Amsterdam. Pedro I contrató ingenieros arquitectos e ingenieros occidentales para hacer patente que Rusia quería colocarse a su mismo nivel; una ciudad occidentalizada, aseada, ordenada, en la que era grato vivir, pues *occidentalización* y *modernización* son los dos vectores simbólicos con los que Pedro I, y sus sucesores Catalina, -que gobernó entre 1762 y 1796-, y Nicolás I -que lo hizo entre 1825 y 1855- quisieron dotar a la ciudad. Algo que en la exposición del Museo del Prado queda patente en las dos primeras salas de la exposición a la que nos



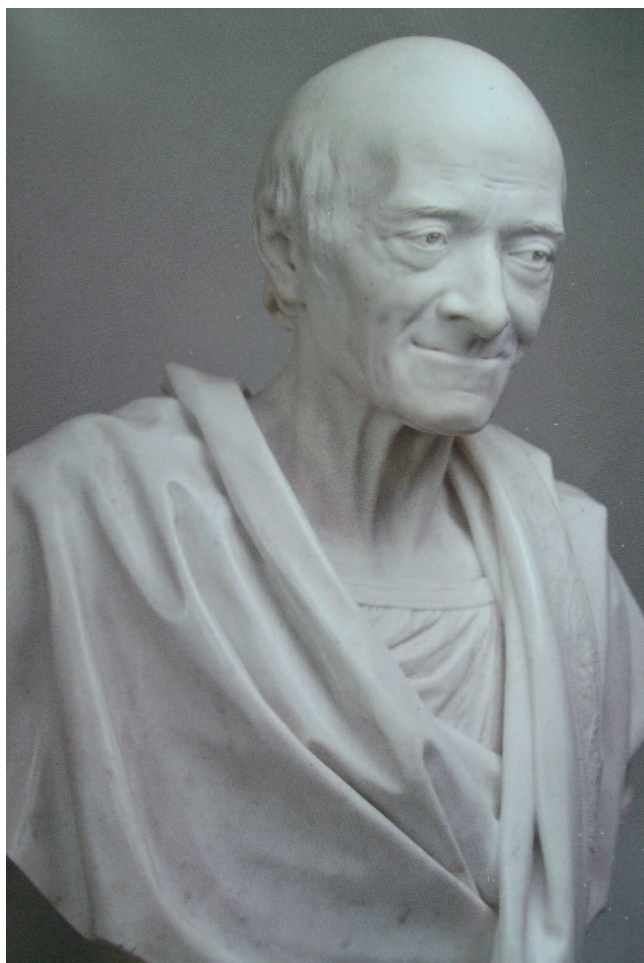
Ramo de acianos con espigas de avena en un jarrón. 1900.

referimos. En la primera sala, en efecto, podemos ver los retratos de gran tamaño de los tres zares mencionados así como varios sillones del Palacio de Invierno. De esta forma, se hace patente la magnificencia –el epíteto los «grandes es el mismo para Pedro I y para Catalina»- de la monarquía. En la segunda, como eficaz complemento, podemos ver cuadros que representan tanto interiores de los distintos edificios del Hermitage, imponentes y lujosos, como vistas de una ciudad, hacia 1797, de racionalizada presencia burguesa tal como fue plasmada por el pintor sueco Benjamin Patersson.

LAS CÁMARAS DE LAS MARAVILLAS

Cuando hablamos de Rusia nos referimos al Imperio Ruso. El mapa del mismo, ahora como entonces, resulta abrumador: desde el mencionado mar Báltico al mar Negro, desde los disputados territorios de Polonia hasta el océano Pacífico; bordeando el territorio de China. De forma similar, el espacio del Hermitage fue ampliándose hasta convertirse en un complejo que incluye los denominados Pequeño, Viejo, y Gran Hermitage; el Palacio de Invierno, y el teatro. Podría decirse que el proceso de formación del Hermitage tiene también mucho de vocación expansiva, autoconmemorativa e imperial.

Recordemos que durante los siglos XVI y XVII las monarquías europeas crearon las colecciones artísticas que más tarde darían origen a importantes museos nacionales. Museos, coleccionismo y poder político se hallan, pues, directamente ligados. Sin embargo, el afán por atesorar piezas artísticas y formar colecciones es un empeño muy anterior que durante el Renacimiento había dado lugar a las llamadas *cámaras de las maravillas*. Próximo a este espíritu, se halla la mentalidad de Pedro I el Grande de coleccionar todo aquello que fuera «viejo e inusual», tal como se manifiesta en las salas tercera y cuarta de la exposición. Con la particularidad de que la atención no se dirige en *este caso a Occidente, sino a Oriente*; y no hacia el futuro de la racionalización burguesa, sino al pasado de culturas desaparecidas. En la sala dedicada a «El oro de los nómadas de Eurasia», la *arqueología* cobra protagonismo gracias a la denominada colección siberiana de Pedro I, en la que pueden admirarse piezas fechadas entre el siglo V antes de Cristo al I de nuestra era. La *cultura escita*, situada en la costa norte del mar Negro y las llanuras del Cáucaso desapareció en el siglo II y estuvo en contacto con la



Voltaire, por Jean-Antoine Houdon. 1778.

civilización griega. En distintas piezas de oro y turquesa se aprecia la familiaridad con el arte griego, como en una diadema con el nudo de Hércules o en un pendiente con la cabeza de Atenea. Pero quizás, más extraños y seductores para Pedro I fueran piezas como un broche en el que un monstruo alado ataca a un león en una composición llena de dinamismo, o la jarra de oro en la que una figura zoomórfica –con turquesas y coral engastadas- sirve de asa con el propósito de proteger el contenido frente a los malos espíritus.

DEL COLECCIONISMO AL MUSEO

Puede decirse que el núcleo del Museo del Hermitage consiste en una colección de colecciones organizadas con afán de reflejar, por un lado, la diversidad y riqueza de los territorios

Occidentalización y modernización son los dos vectores simbólicos con los que Pedro I, y sus sucesores quisieron dotar a San Petersburgo.



Vaso con asa zoomórfica. Siglo I. d.C.

imperiales, pero por otro la ambición de abarcar el arte que iba siendo canonizado en Occidente. No en vano, Catalina la Grande desarrolló su reinado en la época de la Ilustración. Es más, ella misma fue aconsejada por quien se considera uno de los fundadores del concepto de crítica, el francés Denis Diderot quien en 1773 fue invitado a la corte de San Petersburgo. De esa forma, el arte del siglo XVIII es uno de los mejor representados en el Hermitage, siendo conveniente poner de manifiesto que obras que se compraron habían sido elaboradas por artistas coetáneos; una operación siempre llena de riesgos pero que, en este caso, favoreció una extensa colección de pinturas, esculturas y dibujos del siglo XVIII, incluyendo a autores neoclásicos como Anton Raphael Mengs o a los escultores Antonio Canova y Jean-Antoine Houdon. De éste último, es obra un busto del intelectual francés Françoise-Marie Arouet, Voltaire, de quien la emperatriz llegó a proclamarse discípula.



Brazalete en espiral con figuras zoomórficas. Siglos IV.-III a.C.

El proyecto museístico consiste fundamentalmente en una colección de colecciones.

Voltaire, en sus *Cartas inglesas*, ponía de manifiesto el beneficio que suponía para el Estado el flujo de dinero a través del comercio. De ahí que no había ninguna razón para que, como todavía ocurría en Francia o Alemania, los comerciantes burgueses se sintieran intimidados por cortesanos que actuaban zalamera y servilmente en las antecámaras de los ministros. En sintonía con ese tipo de opiniones Catalina la Grande, a través de diplomáticos y agentes económicos especializados en arte, desarrolló como política de adquisiciones artísticas la compra de colecciones completas. De ese modo, y con ilustrado afán *enciclopédico*, consiguió reunir obras de muchos periodos distintos ordenados por escuelas. El Hermitage se convertía así en uno de los museos más importantes del mundo, que el sucesor de la emperatriz, el zar Nicolás I, abrió al público en 1852; mucho más tarde que en Londres, París o Madrid. La política museística en los dos últimos siglos se ha centrado en el esfuerzo por mantenerse al hilo de los tiempos, de tal modo que la colección de arte vanguardista del siglo XX es notable, tal como indican las obras de Pablo Picasso, Henri Matisse o Wassily Kandinsky que podemos admirar en el Prado.

Pero quizás para quien vislumbra el Hermitage desde El Prado sea la sala octava una de las más impactantes. En ella se reúne orfebrería china, hindú y occidental. Estilos y espíritus muy distintos reunidos gracias a esfuerzos comerciales y diplomáticos que nos acercan piezas que oscilan, en el arte oriental, entre lo delicado y lo suntuoso. Y que, en el occidental incluyen obras tan fantásticas como el transparente y sutil *Ramo de acianos con espigas de avena en un jarrón* de Peter Carl Fabergé, un orfebre francés cuyo taller se fundó en 1842, en San Petersburgo.

DATOS DE INTERÉS

El Hermitage en el Prado.

Organizadores: Museo Nacional del Prado, Museo Estatal del Hermitage y Acción Cultural Española.

Fechas: 8 de noviembre de 2011 – 25 de marzo de 2012.

Horario: lunes a sábados de 10,00 a 20,00.

Domingos y festivos de 10,00 a 19,00.